

## DE GAULLE, CHURCHILL Y ROOSEVELT: ¿ALIADOS O ENEMIGOS?

Hamish I. Stewart Stokes  
Universidad de Concepción

En 1944, Sir Alexander Cadogan, subsecretario permanente del Foreign Office (Ministerio de Relaciones Exteriores británico) anotó en su diario, poco antes de la invasión de Normandía: "Sobre este tema (De Gaulle), nos apartamos de la política y diplomacia y hasta del sentido común. Es un colegio de niñas. Roosevelt, el Primer Ministro y -hay que admitirlo también De Gaulle- todos se comportan como niñas que se acercan a la edad de pubertad. No hay nada que se pueda hacer<sup>1</sup>". Sin embargo, esta relación de amor y odio, entre De Gaulle, Churchill y Roosevelt fue una de las relaciones más importantes de la Segunda Guerra Mundial y las decisiones que tomaron estos hombres ayudaron a crear el mundo en el cual vivimos. Por lo tanto, nuestro mundo sigue siendo en cierta medida un reflejo de sus personalidades, de sus simpatías y odios y de sus creencias.

Entonces, ¿cuáles fueron sus actitudes hacia los otros y hacia los países de ellos antes de la caída de Francia en 1940, y la llegada de Charles de Gaulle a Inglaterra para establecer la Francia Libre? El padre de De Gaulle, Henri, no era exactamente un anglófilo; para él, como para muchos de sus contemporáneos, las palabras 'Albión Pérfida' no fueron palabras sin sentido. "¿Pérfida?" decía, "el adjetivo no me parece suficientemente fuerte<sup>2</sup>". Charles de Gaulle, que fue educado principalmente por su padre, probablemente fue influenciado por esta actitud, y el hecho de que una abuela suya fuera irlandesa no debe haber contribuido a mejorar la situación. Además su interés inmenso en Francia y la historia de Francia le mostraron con demasiada frecuencia a Inglaterra como enemiga de Francia, con los triunfos de Inglaterra coincidiendo generalmente con los desastres de Francia. Escribió en sus memorias: "Nada me entristecía tan profundamente como nuestras debilidades y errores", y la primera instancia de estos que menciona es la Crisis de

1 Dilks, David, ed., *The Diaries of Sir Alexander Cadogan 1938 - 1945*, Putnam, Nueva York, 1972, pp. 634-635.

2 Kersaudy, François, *Churchill and De Gaulle*, Atheneum, Nueva York 1983, p. 33.

Fashoda de 1898<sup>3</sup>, cuando una expedición militar francesa fue obligada a retirarse de Fashoda en las riberas del Nilo, debido a amenazas británicas. Este incidente casi causó una guerra entre las dos naciones, y mientras que en Inglaterra ya casi lo habían olvidado, en Francia esto dejó una huella profunda en toda una generación de franceses. Por esta razón y algunas otras, la anglofobia era muy común entre la oficialidad francesa a comienzos del siglo veinte.

Aparte de su historia, De Gaulle sabía poco de Inglaterra. Nunca había estado allá, y no hablaba inglés con fluidez aunque lo entendía bien. Durante los años de entre guerras nunca hizo un intento para establecer contactos con personalidades inglesas aún en las áreas adonde habría sido natural. Así es que no conoció a los expertos militares, Liddell Hart y Fuller, aunque admiraba sus obras escritas y sacó de ellos inspiración para su libro *Vers l'Armée de Metier*<sup>4</sup>.

Antes de la Primera Guerra Mundial estuvo a favor de la Entente Cordiale entre las dos naciones, pero a diferencia de Churchill no estaba impresionado por la camaradería en armas entre Francia e Inglaterra durante la guerra. En lo que concierne al período inmediatamente después de la guerra, sentía que Francia había sido abandonada por sus aliados. Culpaba a Lloyd-George, el Primer Ministro inglés, a la Albión Pérfida y a los Estados Unidos -probablemente en ese orden. Escribió: "La malevolencia de las potencias anglosajonas, utilizando la inconsistencia de nuestro régimen, nos hacia... renunciar a las garantías y a las reparaciones que se nos habían concedido a cambio del control del Reich y de la frontera del Rhin<sup>5</sup>". En ocasiones, parecía tener aún mayores sospechas de la tortuosidad británica. Así, escribió durante los años de la pre-guerra: "Inglaterra contemporizaba con Berlín para que París tuviese necesidad de ella<sup>6</sup>". Adicionalmente, De Gaulle sirvió durante dos años como oficial de estado mayor en el Levante -en ese tiempo un foco de intriga y escena de una confrontación franco-británica discreta, pero permanente. Se decía durante el período entre las dos guerras que cualquier oficial francés que hubiera servido en el Levante se volvía inevitablemente anti-británico, y en verdad De Gaulle regresó con profundas sospechas sobre las políticas e intrigas británicas en el Medio Oriente<sup>7</sup>.

Eso sí, creía que el Reino Unido ayudaría a Francia en caso de necesidad, pero solamente si sus propios intereses así lo indicaran. En 1934 escribió en su libro *Vers l'Armée de Metier*: "A cambio del reconocimiento de la supremacía marítima británica, a costo de sacrificios coloniales inmensos, si no se menciona ciertas islas normandas, y si aceptamos un cierto tipo de control, podemos contar con la neutralidad inglesa- y que puede convertirse en una alianza

3 De Gaulle, *Memorias de guerra: El llamamiento*, Luis de Caralt, Barcelona, 1966, p.6.

4 Kersaudy, op. cit., p. 35.

5 De Gaulle, op. cit.: *La Salvación*, p. 52.

6 De Gaulle, op. cit.: *El Llamamiento*, p. 7.

7 Kersaudy, op. cit., p. 34.

para el interés mutuo<sup>8</sup>". El interés británico en el desarme, y los intentos de ministros británicos durante los años veinte y comienzos de los años treinta de convencer a Francia en el sentido que debía desarmarse, lo consideró solamente otra prueba de su tortuosidad, probablemente mezclado con cierta piedad anglosajona.

Hacia fines de los años treinta, De Gaulle sin ser realmente anglófono, o por lo menos sin serlo completamente, desconfiaba profundamente de los motivos existentes detrás de la política exterior y colonial británica. En su convicción que "un Estado es el más frío de los monstruos fríos<sup>9</sup>", De Gaulle parecía haber reservado un lugar aparte para el Estado británico: era probablemente más frío que cualquier otro. Por supuesto, todo esto iba a influenciar y hasta deformar el juicio de De Gaulle cuando ya se había convertido en el jefe de la Francia Libre y se consideraba como la encarnación de Francia.

Por el otro lado, Churchill era francófilo, y su relación con De Gaulle sería ininteligible si no mantenemos en mente su relación especial con Francia. Churchill, como De Gaulle, era un hombre con 'una cierta idea de Francia'. Parece que desarrolló una atadura fuerte y permanente con ese país cuando era muy joven. Nunca olvidó el verano de 1883 cuando, a la edad de nueve años, paseó en coche con su padre por la Plaza de la Concordia. Sesenta y tres años más tarde, evocaría este episodio: "Siendo un niño observador, noté que uno de los monumentos estaba cubierto con paños y crepón e inmediatamente le pregunté por qué. Me respondió: 'Estos son los monumentos de las provincias de Francia. Dos de ellas, Alsacia y Lorena, fueron tomadas de Francia por los Alemanes. Los franceses se sienten muy infelices acerca de esto y esperan recobrarlas algún día'. Recuerdo claramente pensando para mí mismo: 'Espero que los recobren'"<sup>10</sup>.

El francés de Churchill siempre fue algo primitivo, y siempre debía mucho a su iniciativa personal; pero conocía la historia de Francia tan bien como cualquier francés, y tal vez mejor que muchos. Con su mente intensamente sentimental y romántica, admiraba mucho las contribuciones francesas a la libertad y sabiduría humanas, y los dos héroes franceses que admiraba especialmente eran Juana de Arco y Napoleón. Antes, durante y después de la Primera Guerra Mundial, tanto en el gabinete o fuera de él, Francia no tuvo defensor alguno más leal que Churchill. Durante los años veinte y treinta Churchill constantemente abogó por un tratado que obligara a Inglaterra a proteger a Francia contra cualquier agresión no buscada, y nadie fue más feliz cuando en la primavera de 1939 se estableció lentamente y muy tarde una alianza basada en la más estrecha cooperación militar, naval y aérea<sup>11</sup>.

Uno de los rasgos más interesantes de la relación de Churchill con Francia fue posiblemente su fe inquebrantable

8 Kersaudy, *ibid.*, p. 34.

9 Kersaudy, *ibid.*, p. 35.

10 Kersaudy, *ibid.*, p. 25.

11 Kersaudy, *ibid.*, pp. 24-26.

en el poderío del ejército francés. De hecho, continuó creyendo en la incuestionable superioridad militar francesa por mucho tiempo después de que ésta había dejado de ser incuestionable. Rechazaba indignado toda información que parecía indicar que había algo malo en aquel ejército francés, en la capacidad de sus líderes, y en el valor de sus hijos hasta mayo de 1940. Después de eso los acontecimientos parecieron probar que estaba equivocado, pero los hechos no siempre fueron un contrincante temible para las convicciones de Churchill<sup>12</sup>.

Ahora examinemos las ideas y prejuicios de Roosevelt. Es importante siempre tener en mente que, aunque la reprobación por equivocaciones en política exterior generalmente cayera sobre las cabezas indefensas de Cordell Hull, Secretario de Estado de Roosevelt, y los funcionarios del Departamento de Estado, el control de la política exterior norteamericana siempre estuvo en las manos de Roosevelt, debido a la naturaleza imperial de la presidencia norteamericana. Roosevelt estaba posesionado por todas las ideas tan características de la actitud de su país hacia la política exterior: suspicacia frente a la política de poder europea, una creencia en una supuesta decadencia europea en comparación con el vigor norteamericano, una negativa a creer que los líderes de otros países representaban a su pueblos si sus ideas no eran compatibles con el punto de vista norteamericano, junto con una ideología universalista que le impulsaba a impacientarse con la soberanía e intereses de países pequeños o débiles<sup>13</sup>.

Antes de la caída de Francia en 1940, la política de Roosevelt fue de apoyar tanto a Francia como a Inglaterra como una barrera ante la expansión nazi; una vez que esto hubo pasado, su reacción principal fue una repulsión extraordinariamente profunda ante cualquier acción francesa y ante cualquier reivindicación francesa de seguir ocupando aún una posición de gran potencia. Mientras que Churchill y la opinión pública británica, y gran parte de la prensa norteamericana veían en De Gaulle un símbolo continuo de todo lo mejor que había en Francia, y consideraba a los eventos de 1940 como una derrota militar y no como el tránsito de una potencia imperial hacia el limbo de la historia -algo así como la caída de Cartago- Roosevelt y su corte vieron el colapso francés como una ilustración final y resultado de la decadencia histórica del poderío europeo<sup>14</sup>. Se consideró que Francia y su imperio, para usar las mismas palabras de Roosevelt, estaban en bancarrota y debían quedar bajo la administración de un administrador legal, los Estados Unidos, los cuales podían disponer de ellos en la forma que consideraran más conveniente. De esta forma Roosevelt podía proponer a Anthony Eden, el Secretario de Relaciones Exteriores británico, en 1942 durante una cena en la Casa Blanca, que cuando terminara la guerra solamente los Estados

12 Kersaudy, *ibíd.*, pp. 31-33.

13 Watt, D.C., *Succeeding John Bull*, CUP, Londres, 1984, pp. 77-85; Hurstfield, Julian G., *America and the French Nation 1939-1945*, The University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1986, pp. 78-83.

14 Hurstfield, *op. cit.*, pp. 39 y 64; Watt, *op. cit.*, p. 237.

Unidos, el Reino Unido, Rusia y China deberían tener armamentos para mantener la paz, mientras que todos los demás países, incluyendo Francia, deberían ser desarmados, o proponer que un nuevo país llamado Wallonia podía ser creado de la unificación de Bélgica, Luxemburgo y el norte de Francia<sup>15</sup>. Aquí la médula del conflicto entre Roosevelt y De Gaulle: el rechazo de De Gaulle de aceptar que Francia estuviera en bancarrota o necesitada del control anglo-americano.

El episodio clave en la carrera de De Gaulle, 1940, cuando llegó a Inglaterra y fue aceptado como el líder de todos los franceses libres, es típico de los malentendidos, que ocasionaron otros malentendidos, que endiablaron las relaciones entre Churchill y De Gaulle. Este evento representa el nacimiento del Gaullismo y del proceso semi-mítico por lo cual De Gaulle se convirtió en el más prestigioso de todos los franceses. Por otro lado, también significó la protección de los intereses franceses y la inesperada aceptación de Francia como una potencia de relevancia mundial. Aparece como una paradoja que el éxito de De Gaulle se debiera a una serie de malentendidos más que a una dominación carismática del escenario. Churchill había sobreestimado la importancia de De Gaulle, debido a que imaginó que De Gaulle podría reemplazar a Weygand como comandante en Jefe del ejército francés (algo impensable). Entonces pensó que tenía un personaje muy importante a su lado, y también alguien cuyo ejemplo sería seguido por otros, y alguien a lo cual se unirían probablemente personalidades de primera magnitud, tales como Reynaud, Mandel, otros ministros, generales y gobernadores coloniales. Esto resultó ser una predicción incorrecta<sup>16</sup>.

Otro malentendido tenía que ver con Vichy. Muchos observadores británicos estaban convencidos que Pétain no aceptaría los términos de un armisticio duro, que él y otros irían al Africa del Norte francesa e insistirían que la flota francesa zarparía a puertos neutrales antes de rendirse completamente ante Hitler. Cuando ninguna de estas acciones aconteció, entonces los británicos temieron lo peor y consecuentemente tomaron acciones decisivas. Una estocada fue el ataque a la flota francesa; otra fue el reconocimiento otorgado al comité de De Gaulle<sup>17</sup>.

Sin embargo, debido a que el gobierno de Vichy tenía argumento para ser considerado el gobierno legítimo de Francia, y fue reconocido como tal por los Estados Unidos, que durante toda la guerra siempre prefirió tratar con la gente de Vichy antes de que con De Gaulle, y dado que la existencia de una zona de Francia supuestamente no ocupada, introducía un factor de incertidumbre, el acuerdo no podía hacerse con un gobierno o con un país. Solamente se podía hacer entre Churchill y De Gaulle. Así que, institucionalmente, De Gaulle era Francia, o por lo menos la

15 Kersaudy, op. cit., pp.264-65; Hurstfield, op. cit. pp. 188-89, 215.

16 Johnson, Douglas, "De Gaulle", *History Today*, enero 1981, pp. 9-10; Kersaudy, op. cit., pp.79-83.

17 Johnson, op. cit. p. 10; Kersaudy, op. cit., pp 79, 83-86.

Francia Libre. El hecho de que se formara una organización especial a través de la cual se despachaban todo los asuntos con el Gobierno británico, significó que De Gaulle llegó a ser la preocupación principal de varios ministros. Churchill siempre quería saber sobre las relaciones con De Gaulle, y actuaba a través de diferentes enviados. Anthony Eden y el Foreign Office siempre prefirieron tratar directamente con De Gaulle, vía su cuadro permanente o vía la Sección Francesa del Foreign Office. El ministerio de Guerra, el Ministerio Colonial, el Almirantazgo, el Ministerio de la Información y la BBC siempre tuvieron interés en la Francia Libre y todos buscaron tratar directamente con De Gaulle. En esta forma De Gaulle fue inventado por el complejo e intrincado sistema británico de administración. Los británicos se encontraron envueltos en las intrigas y desacuerdos que existieron entre los franceses, y debido a que habían personificado en De Gaulle la determinación francesa de continuar la lucha contra Alemania, nunca pudieron deshacerse del hombre que había tomado el paso solitario de ir a Londres<sup>18</sup>.

Para las autoridades británicas, y para la opinión pública británica, la Francia Libre era uno de los muchos gobiernos exiliados o establecimientos extranjeros (debido a que la Francia Libre nunca fue reconocida como representando a un gobierno) que habían escapado a Inglaterra con el propósito de continuar la guerra. Pero De Gaulle nunca se consideró como líder de una banda audaz de guerreros, preparados, para jugar un rol menor en una operación militar de larga duración sobre la cual no tenía control. El se visualizó como alguien que desempeñaba un rol político y nacional, no simplemente defendiendo los intereses de Francia sino encarnando lo que llamaba "le trésor de la souveraineté française". De esta forma enojaba e irritaba a Churchill, a muchos estadistas y soldados ingleses, y además a la opinión pública inglesa. Se decía que era egoísta, soberbio, excesivamente nacionalista, una espina en la carne de los aliados y un impedimento al esfuerzo de la guerra. El hecho de que creyera, como siempre ocurrió, que representaba a la misma Francia, aun no representaba una llamada que venía desde las profundidades de Francia, se podría considerar como misticismo oscurantista. El comentario de Françoise Mauriac: " Erase alguna vez un loco que creía que era Francia y que el loco tenía razón"<sup>19</sup>, indica las dificultades involucradas en poder determinar esto ¿Cómo podemos conciliar al político habilidoso, ingenioso, y obstinado, que nunca dijo una palabra que fuera banal y que no fuera cuidadosamente considerada, con un estadista inspirado y visionero que constantemente estaba movido por un sentido de destino histórico y nacionalista?.

De Gaulle rápidamente reconoció la necesidad de asociar su movimiento con la resistencia en el interior de Francia y de organizar y controlar los varios grupos que la formaban mientras crecían en tamaño e importancia. Como resultado ya para 1944 tendría bajo su control la fuerzas Francesas del

<sup>18</sup> Johnson, op. cit., p. 10; Gilbert, Martin, W.S. Churchill, Vol. VI Heinemann, Londres, 1984, pp. 567, 590, 667-669, 816.

<sup>19</sup> Johnson, op. cit., p. 9.

Interior, consistentes en alrededor de cuatrocientos mil hombres, que jugaron un rol importante en la liberación de Francia<sup>20</sup>. También reconocía la importancia de las colonias. La esencia del Llamamiento del 18 de junio de 1940 fue que la guerra era una guerra mundial y que la Batalla de Francia había sido solamente una batalla en esa guerra. Francia podía continuar la lucha desde sus colonias. Así, De Gaulle manifestó su intención de recuperar los territorios coloniales para la Francia Libre<sup>21</sup>.

La cuestión colonial fue responsable del comienzo de los desacuerdos entre De Gaulle, Churchill y Roosevelt. El punto principal del conflicto entre De Gaulle y Churchill serían las colonias francesas en el Levante: Siria y el Líbano. Aproximadamente el 90% de los desacuerdos puramente anglo-franceses se relacionaron con esta área, y esto fue lo que eventualmente envenenaría la amistad entre De Gaulle y Churchill. En mayo de 1941 una fuerza combinada de Inglaterra y de Francia Libre conquistó a Siria y el Líbano. Casi desde el comienzo se produjeron problemas tanto militares como políticos. Antes de que la operación comenzara, De Gaulle y Churchill habían acordado que, una vez que se hubieran rendido las fuerzas de Vichy, la Francia Libre estaría incluida en todas las negociaciones, tanto con las autoridades de Vichy como con las nacionalidades árabes, y que el control administrativo de estos territorios sería entregado a la Francia Libre. Con justificación De Gaulle sentía que los oficiales británicos del área estaban haciendo caso omiso e estos acuerdos. Se despertaron de inmediato sus suspicacias automáticas hacia Inglaterra, supuso que esto era un complot deliberado tramado con el consentimiento deliberado de Churchill y el gobierno en Londres. Esto fue absolutamente incorrecto. Los comandantes británicos en el Levante habían hecho caso omiso de las órdenes directas de Churchill, debido fundamentalmente a su preocupación por los acontecimientos en Grecia, en el Desierto Occidental, en el Mediterráneo y en Rusia. Una vez que se le hizo notar a Churchill la situación en el Levante, tanto por De Gaulle como por parte de sus representantes en el área, tal como el Ministro de Estado, Oliver Lyttelton, dio órdenes inmediatas para corregir este estado de cosas<sup>22</sup>.

Sin embargo, De Gaulle ya había declarado la guerra a los ingleses. Sus ataques a Lyttelton y sus enfrentamientos con otras autoridades británicas le crearon muchos enemigos, y que era enemigos, y seriamente dañaron sus relaciones con Churchill, que era amigo de Lyttelton. Esto fue más que suficiente. Pero lo que resultaría ser el punto de rompimiento fue la serie de anuncios públicos, discursos y entrevistas que De Gaulle dio mientras volvía a Inglaterra, incluyendo una entrevista violentamente anti-británica concedida al "Chicago Daily News". Churchill consideró que De

20 Kersaudy, op. cit., p. 325; De Gaulle, op. cit.: La Unidad pp. 253-59; Keegan, John, ed., The Times Atlas of the Second World War, Harper & Row, Nueva York, 1989, p. 94.

21 De Gaulle, op. cit.: El Llamamiento, p. 73; Johnson op. cit., p. 9.

22 Kersaudy, op. cit., pp. 123-144; De Gaulle, op. cit.: El Llamamiento, pp. 165-183; Gilbert, op. cit., Vol. V, pp. 1103, 1136, 1157.

Gaulle no solamente era desagradecido, sino que había dejado una estela de anglofobia detrás de él durante su viaje por Africa. Probablemente Churchill habría olvidado rápidamente, ante la ingratitud, pero no podía perdonar la anglofobia, y esto quedó en el fondo de su mente hasta el final de la guerra. Para ser justos, hay que admitir que De Gaulle nunca hizo esfuerzos para disipar los prejuicios del Primer Ministro. Cuando llegaron las noticias de la entrevista en el periódico norteamericano, Churchill escribió a Eden : "Si la entrevista de De Gaulle con la prensa norteamericana en Brazzaville es auténtica, claramente ha enloquecido. Esto sería magnífico y simplificará nuestro curso futuro<sup>23</sup>.

Sintiendo claramente que se necesitaba alguna represalia, pidió sugerencias para demorar provechosamente "cualquier acción de apoyo al general De Gaulle... debido a la presente situación". Pero a causa de su francofilia y respeto por el ejército francés, añadió : "Sin recuperaciones sobre la paga y el confort de los hombres del general De Gaulle<sup>24</sup>. Un rompimiento completo podría haber ocurrido si no hubiera sido por los esfuerzos de algunos hombres del equipo de la Francia Libre en Londres, y Anthony Eden, que se encontró involucrado más y más en poner remedio a estas disputas defendiendo a De Gaulle de conciliadores en ambos lados, tales como Dejean, del enojo de Churchill mientras continuaba la guerra. Debido a sus esfuerzos la situación fue resuelta suavemente, pero de ahora en adelante nunca se volvería a la situación de camaradería que existió en 1940<sup>25</sup>. El Levante proporcionaría numerosas oportunidades para desacuerdos y sospechas mutuas durante todo el resto de la guerra y hasta el advenimiento de la paz, todo lo cual podría haber sido solucionado fácilmente si hubiera existido una base mutua de confianza. Los métodos de De Gaulle de "guerra psicológica" en contra de los británicos, que aparecieron ahora por primera vez, contribuirían más que cualquier otra cosa a las pugnas violentas que iban a entrar en erupción en el futuro<sup>26</sup>.

El siguiente desacuerdo serio que irrumpió, involucró a los Estados Unidos. Desde septiembre de 1940, justo antes del fracaso del intento de toma de Dakar en el Senegal, De Gaulle había estado preparando "un cambio espontáneo de administración" en las islas de St. Pierre y Miquelon en el Golfo del San Lorenzo, cerca de la costa de Canadá. Inglaterra estaba enteramente a favor de esta operación, pero debido a la ubicación de las islas era necesario el permiso de Canadá, y debido a las realidades de la guerra, se precisaba también el acuerdo norteamericano. No hubo problemas en conseguir el asentimiento canadiense, pero el consenso norteamericano resultó ser aún más difícil conseguir<sup>27</sup>.

Desde el comienzo de la guerra, De Gaulle había puesto

23 Kersaudy, op. cit., p. 151; Gilbert, op. cit. vol. VII, pp. 277-78.

24 Kersaudy, op. cit., p. 151.

25 Kersaudy, ibid., p. 152, 260; James Robert Rhodes, Anthony Eden, Mc Graw Hill, Nueva York, 1986, pp. 235-6, 273-74.

26 Kersaudy, op. cit., pp. 145, 396-401; De Gaulle, op. cit.: La Salvación, pp. 207-220

27 De Gaulle, op. cit.: El Llamamiento, p. 189.



muchas esperanzas en los Estados Unidos. Igual que Churchill estaba seguro que los norteamericanos entrarían a la guerra eventualmente, y que su intervención resultaría decisiva. También esperaba usar a los Estados Unidos como un contrapeso a la influencia británica. En esa línea de pensamiento, había procedido a enviar delegaciones a Washington, había hecho repetidas ofertas de cooperación al Departamento de Estado, y hasta había ofrecido permitir a los Estados Unidos el uso de las bases navales de la Francia Libre en Africa, pero estos avances no encontraron respuesta<sup>28</sup>.

Para Roosevelt, De Gaulle fue "solamente otro general francés", y como hemos visto, desde 1940 Roosevelt tuvo poco respeto para los franceses en general y los generales franceses en particular<sup>29</sup>.

Además, visto desde Washington, este general francés en particular parecía ser un títere de los británicos, era el hombre que había fracasado en Dakar (como comentario "un diplomático inglés: "En los Estados Unidos, nada hace fracasar tanto como el fracaso")<sup>30</sup> y además se rumoreaba que tenía tendencias fascistas. Sin embargo, la razón verdadera para este ostracismo fue, por supuesto, la política norteamericana. Habían hecho todo lo posible para mantener relaciones muy estrechas con el gobierno del Mariscal Pétain en Vichy. Actuando en esta forma, esperaban varios resultados: el viejo Mariscal podría ser alentado a "pararse en sus botas" como se dijo tan elegantemente, la flota francesa podría ser mantenida fuera de las manos alemanas, y el Norte de Africa podría ser persuadido de tomar armas algún día en contra de los alemanes<sup>31</sup>.

Por todas estas razones, los norteamericanos habían seguido cortejando a Vichy, aun después de que los británicos habían perdido toda esperanza de resistencia activa de esa procedencia, con muy pocos resultados demostrables. A pesar de un levantamiento parcial del bloqueo que permitió al Africa del Norte recibir grandes cantidades de suministros norteamericanos, Argelia, Marruecos y Tunicia continuaron llenándose de agentes alemanes, los cuales pudieron operar sin el más mínimo impedimento. Vichy mismo se acercaba más y más a los alemanes con la aparición en abril de 1941 del almirante Pierre Darlan con un programa definitivamente pro-alemán. Es curioso que, aun después de que los norteamericanos entraron en guerra con Alemania y Japón, no hubo ningún cambio en su política hacia Vichy<sup>32</sup>.

En estas circunstancias, cuando se informó a Roosevelt acerca de la operación de los franceses libres, a la cual los británicos no se oponían, y se le preguntó si dicha operación no pondría en apuros a su gobierno, respondió que él se oponía fuertemente. Sugirió que en su lugar podría actuar el gobierno canadiense, proposición que éste rechazó. Los británicos informaron a Dejaen acerca del punto de vista de Roosevelt y dijeron que debido a esto era vital que la

28 Kersaudy, op. cit., p. 168.

29 Kersaudy, ibíd., pp. 168-169; Hustfield, op. cit., pp. 76-77, 151-52.

30 Hursfield, ibíd., p. 30.

31 Kersaudy, op. cit., p. 169; Hursfield, op. cit., pp. 27-29.

32 Hursfield, op. cit., pp. 21-24, 71-73, 89-90, 162-63.

operación fuera suspendida. Después de consultar con De Gaulle, Dejean informó a los británicos que ninguna orden sería emitida para esta operación. Sin embargo, De Gaulle al recibir información sobre la propuesta de Roosevelt de que actuara Canadá, pero no de la negativa del gobierno canadiense, decidió seguir adelante con la operación, pero sin informar a los británicos o a los norteamericanos de este cambio de planes. Nunca sabremos si realmente creyó que los canadienses llevarían a cabo esta operación, o si estaba solamente buscando una excusa apropiada para continuar con la operación<sup>33</sup>. De todas maneras, como escribió más tarde: "Le ordeno que proceda a la anexión de St. Pierre y Miquelon con nuestros propios medios y sin decirle nada a los extranjeros. Asumo toda responsabilidad de esta operación, que se ha hecho indispensable si queremos conservar para Francia estas posesiones francesas<sup>34</sup>."

Esta operación estalló como un trueno en Washington, adonde Churchill había recién llegado para consultas. Inicialmente Roosevelt y Churchill tendían a no dar mucha importancia al asunto, pero como resultado de algunos comentarios imprudentes del Departamento de Estado, se produjo una tormenta de relaciones públicas, y la situación rápidamente quedó fuera de control. Roosevelt apoyó a Hull y aunque Churchill continuó considerando la situación como algo sin importancia, y no parecía dispuesto a abandonar a la Francia Libre, la presión incesante norteamericana empezó a producir su efecto. Churchill se encontró por primera vez, pero no sería la última, atrapado entre Roosevelt y De Gaulle. La posición de De Gaulle podría ser la correcta, podría tener el apoyo de la opinión pública británica, además la del gabinete británico, pero Churchill finalmente se pondría de lado de Roosevelt, porque lo veía como una figura fundamentalmente heroica, que dominaba la política norteamericana, cuya visión era capaz de sobrepasar a la política cotidiana. Se esforzó en cortejar y adular a Roosevelt desde el comienzo; y en general no sería decepcionado por él, por lo menos hasta el invierno de 1944-45. Churchill, al insistir en la primacía de su visión de la cooperación anglo-americana, podía ser tan despiadado como poco escrupuloso. Se volvió finalmente en contra de De Gaulle, y si no hubiera sido por Anthony Eden y la resistencia del gabinete en Londres, podría haber terminado con la eliminación de De Gaulle como jefe de la Francia Libre<sup>35</sup>.

Durante una reunión tormentosa en Africa del Norte en 1943 Churchill llegó al extremo de amenazar en su francés aproximado: "Si vous me obstaclerez, je vous liquiderai". La reacción de De Gaulle está resumida en la descripción que el médico de Churchill dio de la reunión: "Winston se dio vuelta a nosotros con una sonrisa burlona. 'Su país ha dejado de pelear, él mismo es un refugiado, y si le damos la espalda

<sup>33</sup> De Gaulle, op. cit.: El Llamamiento, pp. 187-90; Hursfield, op. cit., pp. 120-27.

<sup>34</sup> De Gaulle, ibíd., p. 189.

<sup>35</sup> Watt, op.cit., p. 91; Hurstfield, op. cit., pp. 121, 127, 135-38; James, op. cit., p. 284.

está terminado. Bien, ¡basta mirarle! ¡mirarle!, repitió. 'Podría ser Stalin, con 200 divisiones apoyando sus palabras. Fui bastante duro con él. Le hice saber que si él no podría ser más servicial y útil terminaríamos con él'.

¿Como, le pregunté, lo tomó él?' '¡Oh!', el Primer Ministro, respondió, 'casi no mostró interés alguno. Mis proposiciones y mis amenazas no produjeron reacción alguna'<sup>36</sup>.

Churchill expresó lo mismo muy claramente en 1944 cuando se reunió con De Gaulle poco antes de la invasión de Normandía: "Debo decirle francamente que, si una vez agotados todos los esfuerzos, el Presidente estuviera en un lado y el Comité Francés de Liberación Nacional estuviera en el otro, él, el señor Churchill, casi con certeza tomaría el lado del Presidente, y que, de todos modos, nunca se produciría una querrela entre Inglaterra y los Estados Unidos debido a Francia". A lo cual respondió fríamente De Gaulle: "Entendías muy bien que en el caso de un desacuerdo entre los Estados Unidos y Francia, el Reino Unido tomaría el lado de los Estados Unidos". El argumento ya para entonces había degenerado en una gritería, con Churchill gruñendo que "estaba seguro que la Cámara de los Comunes lo apoyaría en su visión debido a las relaciones que existían a través de la sociedad anglo-americana y la camaradería en armas que nada podría romper". Entonces Eden movió la cabeza negativamente, y Bevin, uno de los líderes del Partido Laborista, ahora intervino sorpresivamente, al decirle a De Gaulle: "El Primer Ministro ha dicho que en todos los casos apoyaría al Presidente de los Estados Unidos. Quiero que sepas que ha hablado en su propio nombre, y no en nombre del gabinete británico". La versión adaptada de esta discusión publicada por De Gaulle sería citada a muchos diplomáticos británicos en París en los años venideros como justificación para la exclusión de Inglaterra de Europa<sup>37</sup>.

Los Estados Unidos desde el asunto de St. Pierre y Miquelon tomaron la determinación de eliminar a De Gaulle. Se le consideraba un general con más interés en la política que en la guerra, algo completamente inaceptable para las ideas norteamericanas de las relaciones cívico-militares. Sin embargo, De Gaulle indicó: "¿de qué se trata la guerra si no de política?" Roosevelt durante toda la guerra quería dejar las decisiones políticas para una conferencia de paz al término de la misma, y simplemente seguir adelante con la lucha. Entonces la insistencia de De Gaulle en resolver los problemas políticos a medida que se presentaban era anatema para los norteamericanos. También encontraron más fácil tratar con gobernadores o generales franceses individuales, esparcidos por el Imperio Francés, que con De Gaulle y su Comité Nacional, que afirmaban representar a toda Francia<sup>38</sup>.

Como resultado los franceses combatientes, juntos a los británicos fueron excluidos de la Operación Torch en Africa del Norte, durante la cual encontramos a los norteamericanos

36 Gilbert, op. cit., vol. VII, pp. 30-506.

37 De Gaulle, op. cit.: La Unidad, p. 205; Gilbert, op. cit., pp. 788-790.

38 Hurstfield, op. cit., pp. 19-20.

trabajando con el archicolaboracionista Darlan. A esto hay que añadir el apoyo norteamericano al general Giraud, un buen general de combate, como un líder alternativo a De Gaulle, y la unificación forzosa de las organizaciones de De Gaulle y de Giraud durante la Conferencia de Casablanca. Esto fue seguido, cuando ya se había hecho obvio que Giraud era un castillo de naipes, y que De Gaulle ya había establecido su control sobre todas las organizaciones de la resistencia, por una negativa de parte de Estados Unidos de reconocer al Comité Francés de Liberación Nacional como gobierno provisional de Francia hasta que ya no se pudo evitar hacerlo: se negó, además, a negociar acuerdos con el gobierno provisional para la administración de la Francia liberada hasta después de la invasión. Los norteamericanos se negaron a creer que De Gaulle tenía respaldo dentro de Francia, y después mantuvieron la expectativa constante de que este apoyo colapsaría. Roosevelt tuvo que ser llevado pataleando y gritando cada paso del camino, agujoneado tanto por sus propios asesores como por los británicos, que enfrentaron grandes problemas tratando de llevar el paso con los norteamericanos<sup>39</sup>.

¿Qué efecto tuvo todo esto en las relaciones de la post-guerra?. Definitivamente influyó el anti-norteamericanismo de De Gaulle y su decisión de excluir a Inglaterra de Europa mientras continuara existiendo la relación especial anglo-americana. Esto se puede ver muy claramente en las conversaciones entre Churchill y De Gaulle en París en noviembre 1944. Churchill propuso la negociación de un tratado franco-británico de alianza y De Gaulle respondió que aceptaría un acuerdo que uniera a Francia y al Reino Unido y les permitiría unificar Europa y resistir a las presiones de las super potencias. Cualquier otra cosa sería inútil. Esto sería el punto de vista de De Gaulle sobre el mundo de la post-guerra, del cual no se apartaría apreciablemente durante los siguientes veinticinco años. Esta sería la primera vez que ofrecería una alianza privilegiada a una potencia europea; también sería la última vez que la ofrecería a Inglaterra. Sin embargo Churchill no estaba interesado en renunciar a la relación especial con los Estados Unidos para establecer a cambio un sistema que apuntaba deliberadamente tanto contra los norteamericanos como contra los rusos, y entonces se negó cortésmente. No iba a producirse un genuino acercamiento franco-británico<sup>40</sup>.

En Europa se producirá luego una confrontación entre dos ideas. Una fue la idea de la Unión Atlántica, una sociedad entre Europa y los Estados Unidos, unida por ideas y maneras similares de hacer las cosas; la otra, un nacionalismo renaciente adentro de un armazón de federalismo europeo, l'Europe des patries, una conciencia en aumento de aquellos que sentían ser europeos y no norteamericanos. De la misma forma, inicialmente definida sin mayor precisión, había

---

<sup>39</sup> Hurstfield, op. cit., pp. 163-173, 185-189, 197-199, 207-222; Watt, op. cit., pp. 196-199; Gilbert, op. cit., vol. VII, pp. 421-422, 425-426, 705; James, op. cit., pp. 269-270.

<sup>40</sup> Kersaudy, op. cit., pp. 385-387; Gilbert, op. cit., vol. VII, pp. 1057-1061; James, op. cit., p. 286.

diferencias entre europeos y norteamericanos en la manera de hacer las cosas. Esto sería definido más claramente en Francia, donde De Gaulle lo erigió en doctrina dentro de una religión secularizada y generalizada, pero ya para fines de los años cincuenta, esta posición doctrinaria estaba esparcida por toda Europa Occidental, aun entre aquellos que se oponían a los intentos del Gaullismo y los pregonizantes del desarme nuclear que trataban de aprovecharlo. Aun en Inglaterra, adonde el atlanticismo fue solamente una capa delgada para un pan-anglosajonismo largamente establecido, la conciencia de la no aceptación por los norteamericanos de lo que los atlanticistas y anglosajonistas habían supuesto que eran las bases de su sentido de comunidad, había empezado a hacerse patente alrededor de fines de los años cincuenta. De esta forma, aun en Inglaterra, donde las viejas ilusiones mueren con más dificultad que otros tipos de causas perdidas, la conciencia de que Inglaterra es, no importa lo que esto signifique, más europea que atlanticista está ahora firmemente enraizada, veinte años después de la muerte de De Gaulle<sup>41</sup>.

---

41 Watt, op. cit., p. 168